

## *Hacia un cambio de modelos mentales*

**M. Teresa Rodríguez Álvarez**

**Otoño 2008**

Vivimos en una estructura socio-económica que absorbe todas nuestras energías, es difícil, por tanto, adquirir consciencia de lo que ocurre fuera de nuestro contexto más inmediato. Saturados por un oleaje continuo de información, hemos aprendido a cerrar nuestros sentidos, incapaces de procesar la cantidad de información que nos bombardea continuamente, con el objetivo de influir en nuestra forma de vida, modelos de consumo, creencias políticas, etc. Como resultado, muchos pierden interés y se vuelven escépticos. El reto está en cómo lograr que las personas recuperen su autoestima, sus valores y se cuestionen los modelos imperantes.

Esta sociedad exige de sus componentes la fe, en que el modelo de vida que propone es el mejor que se puede llevar y el mejor que se ha llevado a lo largo de la historia. Curiosamente, este modelo no ha sido de ninguna forma aceptado de común acuerdo por los miembros de la misma, ni es el elegido reflexivamente por sus elites intelectuales, sino que se va moldeando cada día para adaptarse a las necesidades de los grandes intereses económicos. Una sociedad estructurada alrededor del beneficio económico inmediato, termina despojando a la persona de sus atributos convirtiéndola únicamente en un consumidor. El homo consumidor ya no es un homo social (cuya realidad cotidiana se construye en la relación con otros seres humanos), ni un homo religioso (en el sentido amplio, preocupado por los misterios del Espíritu). Ante la soledad de la existencia, la persona ya no puede recurrir a Dios o a su hermano, sólo le queda la esperanza de consumir algún nuevo artilugio de última generación.

El homo consumidor, considerando el mundo como objeto de consumo, llega a la aberración de considerar a la naturaleza, y a los propios seres humanos, de la misma forma.

Este hombre ha destruido mucha naturaleza, desde los bosques hasta los arrecifes de coral, y amenaza a lo que queda de ella con la contaminación atmosférica y el grave problema al que nos enfrentamos con el cambio climático. Esta destrucción se está produciendo probablemente por dos errores básicos: la incomprensión de la naturaleza más profunda del hombre y la incomprensión de la realidad sagrada de la naturaleza.

La continúa violencia a la que estamos asistiendo, especialmente contra las mujeres, que se expresa no sólo en sus facetas más sangrientas, de forma cotidiana, no cabe duda, que es el resultado de esta sociedad. Estas graves consecuencias, que bastarían para cuestionar los fundamentos sobre los que se construye la sociedad, sólo se consideran, de hecho, desviaciones casi predecibles y esperables.

Es necesario que el hombre se cuestione sus modelos sobre la realidad que vive, que indague, que avance hacia los nuevos paradigmas que nos ofrece la ciencia en esta fascinante época de cambios trascendentales de perspectiva. La realidad no es ajena e independiente a nosotros. Lo que vivimos y sentimos es una proyección de lo que creemos y pensamos. Está en nuestras manos cambiar nuestras formas de pensar, nuestras creencias más inamovibles y la realidad también cambiará en armonía con esas nuevas formas de pensar.

Cada vez resulta más evidente lo limitado de la visión mecanicista del mundo. La concepción newtoniana sufrió una revisión radical, que dio lugar a una brusca redefinición de los anteriores presupuestos. Fue necesario verter en conceptos totalmente nuevos las ideas sobre la naturaleza, el espacio, el tiempo, la materia y la causalidad. La nueva manera de describirlos (las teorías cuánticas y relativistas), aunque incomprensibles para los sentidos, resultaron en extremo precisas para comprender el comportamiento del universo.

Si la concepción ordinaria que tenemos de la vida, la muerte, la salud y la enfermedad se apoyan sólidamente en la física del siglo diecisiete, y si esa física ha pasado a un segundo término ante la aparición de una más cabal descripción de la naturaleza, se plantea ineludiblemente una pregunta: ¿no estarán también necesitadas de cambio nuestras ideas sobre la vida, la salud y la enfermedad? Negarnos a afrontar las implicaciones que puedan derivarse en estas aéreas sería afincarse en una actitud dogmática frente al desarrollo del conocimiento. Nada se pierde con someter a revisión los presupuestos fundamentales de nuestro actual modelo; y al contrario, abrimos paso a la extraordinaria posibilidad de configurar un sistema que ponga el acento en la unidad, en lo que nos unifica, más que en la fragmentación, la oscuridad y el aislamiento.

¿Qué es la salud? No hay una respuesta generalmente aceptada. La definición propuesta por la Organización Mundial de la Salud es la de bienestar total, físico, psicológico, social y espiritual; pero esta noción es demasiado vaga, y no aclara en qué consiste ese bienestar, ni qué papel desempeñan en él los aspectos físicos, psicológicos, sociales y espirituales de la persona.

Normalmente suponemos que la salud proviene, de algún modo del interior del propio cuerpo, del comportamiento de las moléculas que lo componen. Pero no está del todo claro que esto sea así, David Bohm, refiriéndose al mundo de lo vivo, acude como ejemplo a una semilla y dice: *“La casi totalidad de materia y energía que surgen a medida que crece la semilla proviene del entorno. ¿Quién puede decir que la vida no estaba allí inmanente, antes incluso de plantar la semilla? Y si estaba inmanente la vida antes del despliegue de la semilla paralelamente a su crecimiento, entonces la semilla al crecer es algo más que la pura materia que había en su origen, al estar nutriéndose de la misma vida. La semilla al crecer es algo más que el comportamiento de sus moléculas constitutivas”*. Esa energía vital, término que emplea Bohm, pertenece al orden implicado, a esa totalidad invisible que según el propio Bohm subyace al

mundo exterior de las cosas y los fenómenos, y en donde se asienta el cimiento de todo cuanto existe.

Inherente a la idea del orden implicado de Bohm está el concepto de movimiento fluido. Todo es flujo y movimiento. Este movimiento, este dinamismo, tiene carácter primario, y solamente en la experiencia sensorial ordinaria con que percibimos el orden explicado lo dividimos, escindiendo así el puro movimiento, en lo que a fin de cuentas parecen ser partes separadas. La esencia del movimiento fluido, indivisible, sin obstrucciones, del orden implicado es la armonía; armonía que, cuando se transfiere al mundo del orden explicado, constituye, para Bohm, la salud. Por lo tanto la salud es fenómeno esencialmente dinámico y armónico. La salud no es estática. La armonía entre las diferentes partes del cuerpo, la mente, la naturaleza, es al mismo tiempo la armonía entre las diversas partes del universo. No existe más que una totalidad, y así, todo cuanto hay en ella es uno.

Con frecuencia vemos la mente como separada del cuerpo. Inversamente también se ve el cuerpo como desvinculado de la mente y las emociones. Pero el cuerpo y la mente no están separados y no podemos tratar de entender a uno sin el otro. Investigaciones científicas están demostrando que lo que pensamos tiene una enorme influencia sobre nuestra salud. Los pensamientos y las emociones afectan a nuestras moléculas, durante mucho tiempo este postulado de la medicina psicosomática no se tomó muy en serio. Sin embargo cada vez hay más estudios científicos que demuestran la importancia que tienen las emociones en relación con los procesos fisiológicos.

En muchos círculos científicos de prestigio sigue considerándose un empeño innoble el abandono del mundo objetivo de la biología molecular a favor de un incierto chapoteo en el campo de las investigaciones sobre las relaciones cuerpo-mente. Esta actitud refleja el extendido prejuicio de que la “auténtica ciencia” debe quedar al margen de toda contaminación proveniente de los temas relacionados con la mente. Pero pese a esa insistencia, en negar un puesto a los valores humanos en la ciencia, no desaparece la evidencia de que esos valores desempeñan un papel importante en el origen de las enfermedades. La unión de ambos puntos de vista es posible si accedemos a un cambio de paradigma a través de la unión de la física cuántica y la biología. Cuando las unimos, nos damos cuenta de la unidad entre el cuerpo y la mente y también la unidad con la naturaleza y todo lo que nos rodea. Mediante la física moderna el materialismo se ha trascendido a sí mismo (afirmaba el filósofo de la ciencia Sir Karl Popper). La materia ya no es el principio explicativo fundamental, ahora son los campos y la energía.

Todo intento de medir la naturaleza se resuelve en una automedición, algo así como si el científico volviese su microscopio hacia su propio rostro. Según el famoso principio de indeterminación de Heisenberg, cualquier intento, por depurado que sea, de adquirir algún conocimiento en el nivel subatómico está necesariamente limitado por los cambios que introduce en lo observado el hecho mismo de la observación. Por lo tanto, lo observado, no es la naturaleza como tal, sino la naturaleza mediatizada por nuestra

propia manera de indagar. ¿Y cómo es esa manera nuestra de indagar? Todos nuestros métodos de interrogar a la naturaleza toman como base el lenguaje, y el lenguaje, por su misma naturaleza, se refiere a las cosas. Nuestra misma forma de pensar está referida a las cosas. ¿Cómo podemos pensar entonces en lo que no son cosas, en lo que es no-cosa, en lo que es nada? Nuestra forma de pensar divide instintivamente el mundo en sujetos y objetos, en pensadores y en cosas, en mente y materia. Las teorías que han puesto en relieve las limitaciones del pensamiento lógico sugieren que existe una unidad entre nuestras mentes.

Tanto la concepción moderna de la ciencia como el aspecto de la conciencia en que se sustenta el pensamiento racional, parece haberse revestido de tintes místicos. En cuanto al poder de desmitologizar de la ciencia moderna ha quedado sin efecto. Es como si el Creador de los mitos hubiese transformado la ciencia y la hubiese convertido en mito. Dice Bohr: *“...cuando llegamos a los átomos, sólo cabe hablar en lenguaje poético. También el poeta no se interesa tanto por describir los hechos cuanto por crear las imágenes y establecer las conexiones mentales adecuadas...La teoría cuántica, nos ofrece un ejemplo sorprendente del hecho de que podemos comprender plenamente una determinada conexión, y no podemos sin embargo hablar de ella más que con parábolas e imágenes...”*

El lenguaje ordinario no resulta adecuado para expresar la unidad entre la mente y la materia, por la idea que conlleva de una correspondencia entre los pensamientos y las cosas, entre los sujetos y los objetos. Necesitamos una nueva forma de expresión, que englobe la paradoja, esto nos ha llevado a irrumpir de cabeza en la zona metafórica, poética de nuestro ser, esto es, en la zona donde reside la capacidad de mitologizar. La ciencia de nuestra época se ha acercado al mito, y el mito ha vuelto a la vida.

Decía Coleridge: *“¿Y qué si estabas durmiendo, y qué si mientras dormías estabas soñado, y qué si en tu sueño subías hasta el cielo y cortabas una flor rara y hermosa, y qué si cuando despertaste tenías la flor en tu mano? ¡Ah!, entonces ¿qué?”*

El mito de la Unidad está vivo: es la flor de Coleridge que sostenemos en nuestra mano.